

Y está Conce y su mujer en la vecindad. Concepción y la Hilaria siempre fueron nuestros mejores amigos, juntos desde que éramos mozalbetes, y podrán echarme una mano si algún día no me encuentro bien. No, ¿qué hago yo quedándome con mis hijos y nietos en Madrid? Una cama-tueble en el comedor -como insistía en poner Carlos- es un inconveniente muy grande con un viejo que la ocupe; además, Carlitos está creciendo mucho y les será necesario separar los chicos de las chicas, nazca lo que nazca. De momento, lo que venga, dormirá con ellos en su cuarto, ocupará la cuna que todavía tiene Anabel, y ésta pasará con Carlitos a la cama que yo dejo. Buena está la cosa para cambiarse a un piso más grande, por lo menos un dormitorio más. No, no pueden. Lo que deben hacer es no tener más hijos. Hasta en esto no parecen un matrimonio de los de ahora. ¿Quién se carga hoy de muchachos? Nadie. Bueno, tres no son muchos, la verdad; pero si lo son cuando se tiene un piso con sólo dos dormitorios. Ya me privé yo, ya, y eran otros tiempos; tiempos con pocos adelantos y muchos pecados. Claro que nosotros estábamos solos el matrimonio y el hijo, no teníamos un viejo viviendo a nuestro lado. Pienso si no seré culpable, si al habitar siempre con ellos no les habré privado de libertades y movimientos que hubieran impedido los embarazos. Creo que sí, que tengo un poco de culpa. Antes, cuando vivían en la misma casa padres, hijos y nietos eran mucho más largas las familias; al menos en el pueblo. El pueblo, que ya comienza a verse en lontananza. No le ocurre como a otros, que no los ves hasta no estar encima. La llanura permite kilómetros y kilómetros su visibilidad; empiezas a gozarle desde lejos. Blanco de cal todavía, aunque ya se va perdiendo mucho. Habrá quien se sorprenda de mi llegada, de mi regreso para quedarme. Ten hijos para esto, murmurarán: cuando más los necesitas, ¡hala!, te arrinconan. La verdad es que no, que ellos, ni mi hijo ni mi nuera han pensado así. He sido yo, yo quien lo ha decidido, quien se ha empeñado que así sea. Todavía me puedo valer. Aquí todo está cerca, todo está próximo; tienes al alcance de la mano la amistad y el producto, el entretenimiento y la nostalgia, el poyo de piedra donde tomar el sol con los de tu edad y la silla para sentarte al fresco con los amigos durante las primeras horas de la noche... Y, sobre todo, aquí me espera Elena. Elena, ocho años ya reposando en esta tumba, a la que nunca, nunca, desde mañana, han de faltarle flores, en tanto que los cuerpos; nuestros cuerpos, otra vez consigan la unidad de su entrega perpetua.

Nicolás DEL HIERRO

